

nos de sus representantes, ha venido á desmentir un verso célebre de Lope de Vega; y, al hacerse indígena, ganó en mérito y en fecundidad.

Réstame advertir, por conclusión, que, al juzgar á los cultivadores de las letras regionales, me he creído obligado á atender muchas veces al mérito relativo, no sólo porque lo hay en vencer las asperezas de un medio de expresión no suavizado aún por el cultivo artístico, sino porque hemos de ver íntimamente unida en estos estudios la obra del propagandista con la del verdadero literato, y es necesario fijarse en la primera para comprender la segunda.



## LA LITERATURA CATALANA EN EL SIGLO XIX <sup>1</sup>

### CAPÍTULO PRIMERO

#### ANTECEDENTES HISTÓRICOS DEL RENACIMIENTO

AL ser incorporada Cataluña al organismo político que constituyeron definitivamente los Reyes Católicos, no podían menos de quedar grabados en la mente de aquel pueblo conquistador los gloriosos recuerdos de otros días, y ni aun después de la guerra de sucesión y del sitio de Barcelona en 1714, ni aun con la política exageradamente centralizadora

<sup>1</sup> Van comprendidas bajo este título la valenciana y la balear, por razones que sería largo exponer, y que luego apreciará el lector fácilmente. Los historiadores del movimiento literario que llaman *Renaixensa* son tan numerosos, que costaría trabajo hacer un recuento de los más principales. En Francia, el Barón de Tournouon (*Renaissance de la littérature catalane et de la littérature provençale*, Toulouse, 1868), y A. Savine, en el estudio que precede á su traducción de *La Atlántida* (París, 1884); en Alemania, el célebre y erudito hispanófilo D. Juan de Fasthenrat, con su reciente y copiosísima antología *Catalanische Troubadoure der Gegenwart*; en Suecia, según dicen, un señor Storm, que ha tenido imitadores, y entre nosotros, así dentro como fuera de Ca-

de Felipe V y de su dinastía, se extinguen del todo en los catalanes las tendencias regionalistas y el culto á sus tradiciones. Las montañas que cruzan aquel suelo, le sirven de valladares incommovibles, y con su misma esterilidad estimulan y avivan el carácter laborioso de los habitantes; el Mediterráneo, tendiéndose inmenso junto á las costas levantinas, los hizo navegantes y guerreros, y parece hablarles de las homéricas hazañas que immortalizan el reinado de Pedro III y de los dos Jaimes; y los Pirineos los ponen en contacto con Francia, cuya proximidad convierte á Barcelona en centro del cosmopolitismo industrial y científico. Cataluña, además, habla un idioma propio, distinto del castellano; un idioma que jamás ha dejado de vibrar en los labios de sus hijos, que enaltecieron insignes prosistas y poetas, y que hoy vuelve á engalanarse con las joyas de sus mejores tiempos, despojándose de la herrumbre con que lo obscurecieron la ignorancia y el descuido.

Es verdad que la literatura catalana novísima ha recibido y sigue recibiendo la doble influencia parisien- se y madrileña, que vive del espíritu moderno más que de las tradiciones patrias, y que sus autores guardan mayor parecido con Zorrilla y Víctor Hugo, con Galdós, Pereda y Zola, que con Ausías March, Ramón Lull, Muntaner ó Eximenis. Pero la erudición, que ha desenterrado ó vulgarizado las obras de estos y otros grandes ingenios, va logrando que sus actuales continuadores vuelvan hacia ellos sus ojos, en cuanto lo

---

taluña, D. Joaquín Rubió y Ors (*Breve reseña del actual renacimiento de la lengua y literatura catalanas*, Memoria leída en la Academia de Buenas Letras de Barcelona el 3 y el 17 de Febrero de 1877); D. Francisco M. Tubino (*Historia del renacimiento literario contemporáneo en Cataluña, Baleares y Valencia*, un volumen de 800 páginas en 4.º prolongado); D. Constantino Llombart (*Los fills de la morta viva*); D. Antonio Elías de Molins (*Diccionario biográfico y bibliográfico de Escritores y Artistas catalanes del siglo XIX*), y muchos más, ya directa, ya indirectamente, han estudiado las glorias y visisitudes de la *Renaixensa*, y las han hecho universalmente conocidas.

permite la inmensa desigualdad de las circunstancias; y ya por empeño reflexivo, ya por la intuición que presta el entusiasmo cariñoso y filial, algo de la antigua savia persevera en el árbol del renacimiento catalán.

No debe olvidarse, al estudiarlo, que desde los luctuosos siglos primeros de la Reconquista española hasta que se verificó en el xv nuestra gloriosa unidad nacional, disfrutó el Principado de una autonomía política reflejada en su cultura, como en toda su organización interna; que en sus escuelas eclesiásticas brilló tan intensa la luz del saber isidoriano, que allí vino á ilustrarse el monje Gerberto, después Papa con el nombre de Silvestre II, la más excelsa figura de su tiempo, discípulo de Athón, Obispo de Vich, y cuyas relaciones epistolares con Bonfilio, José y Lupito ponen muy alta la representación intelectual de Cataluña en medio de la ominosa y universal decadencia del siglo x; que en los dos siguientes se cultivaba la poesía del Lacio con la destreza manifestada en los cantares á la muerte de Borrell III y en loor de Ramón Berenguer IV; y, por último, que si el enlace de este Príncipe con Petronila de Aragón (1137) inicia una era de prosperidad para los Estados unidos de los Condes-Reyes de Barcelona, ya antes Ramón Berenguer III el Grande, al tomar por esposa á Doña Dulce, heredera del condado oriental de Provenza (1112)<sup>1</sup>, había abierto las puertas de sus dominios á la naciente literatura del Mediodía de Francia, que él y sus sucesores fomentaron con liberal protección, y trovando algunos en la graciosa lengua occitánica.

Alrededor de los Reyes-poetas Alfonso II, Pedro II y Pedro III, vemos cultivar la *gaya ciencia* á no pocos súbditos suyos, como el cínico y aborrecible Guillermo de Berdagán, y el autor de la *Dreita manera de trovar*,

---

<sup>1</sup> Por entonces dominaban los Condes de Urgel en la parte occidental.

Ramón Vidal de Bezandun ó Besalú, purista intransigente en materias gramaticales; Guillermo de Cervera y Serverí de Gerona, en quien apunta ya la tendencia reflexiva y docente propia del genio catalán. Asimismo, los trovadores franceses de más mérito y nombradía, Beltrán de Born, Giraldo de Borneil, Aimeric de Peguilhá, etc., sostenían relaciones amistosas, alguna vez alteradas, con los Soberanos de la España oriental.

El idioma que aquí se habló, y que con las naturales modificaciones sigue hablándose al presente, no es un dialecto del castellano, como se oye todos los días asegurar á la gente semi-ilustrada, sino una variedad muy notable de la lengua de *oc*, ó provenzal para seguir la denominación un poco infundada, por lo exclusivista, que se le da comúnmente. El léxico y la fonética adoptados por los trovadores, fueron, según todas las probabilidades, producto de una selección entre los distintos usos de cada localidad, sin obedecer tampoco á reglas fijas é inflexibles; no debe, pues, bautizarse con el nombre de una comarca, como la Provenza ó el Lemosín, lo que con igual derecho pertenecía á muchas otras de ambos lados del Pirineo.

Por lo que hace á Cataluña, no empleó su dialecto peculiar, sino la común lengua literaria, en las primeras obras poéticas que produjo, salvo unas pocas de carácter popular y eminentemente religioso <sup>1</sup>; y cuando su

<sup>1</sup> El *Planctus Sanctae Mariae Virginis*, del siglo XII, que publicó Villanueva en el tomo XI de su *Viaje literario*, y que comienza: *Augats, seyós, qui credets Deu lo paire...*; la paráfrasis de la epístola correspondiente al día de San Esteban, que se dió á luz en el tomo XII de la obra citada; la poesía á la Virgen que descubrió Milá, atribuyéndola conjeturalmente al siglo XIII (*De los trovadores en España*, Barcelona, 1889, pág. 494); y acaso también, aunque el lenguaje parece muy moderno, el *Birolay de Montserrat ó de Madonna Sancta Maria (Rosa plascent, soleyl de resplendor—stela luscent, joyelh de sante amor—topacis cast, diamant de vigor—rubis melhor, carboncle relusent....)* que puede leerse en *Los Trovadores* de Balaguer. (Tomo I, pág. 180, segunda edición, Madrid, 1882.) No hay para qué hablar de los versos apócrifos, atribuidos á Jordi del Rey y Jaime Febrer, supuestos contemporáneos de D. Jaime el Con-

literatura quebranta los vínculos de la imitación y del conceptismo erótico y cortesano, entra de lleno, como en dominio propio, en las fértiles llanuras de la prosa didáctica, donde tan ricas mieses había de recoger, ya cultivando las ciencias morales y políticas, ya las graves enseñanzas de la historia.

Encarnó este espíritu fecundo de observación, junto con las demás prendas características del genio catalán, en el excelso vástago de Pedro II y María de Montpellier; en aquel monarca á la vez simpático y terrible que se llamó D. Jaime I, que, no contento con haber ahogado en su infancia, como Hércules, los monstruos de la anarquía feudal, y abierto con la punta de su espada dos vastos territorios á la fe de Cristo, y perfeccionado la organización democrática de sus reinos, dotándolos de leyes é instituciones que no tienen rival en la Edad Media; no contento con ser el azote de la morisma, que espantaba *con la cola de su caballo*; el ídolo de su pueblo, el libertador de otros y el digno émulo de las glorias militares de Fernando III el Santo, ciñó también á sus sienes el lauro de historiador y moralista de César y Marco Aurelio, dictando, con la ingenuidad hermosa del que nada admira porque está familiarizado con todas las grandezas, la narración de su propia vida, y condensando en el *Libre de la saviesa* los secretos de la especulación ética, así la oriental como la greco-latina y la cristiana <sup>1</sup>.

La Crónica de *En Jaume lo Conqueridor* <sup>2</sup>, ya se

quisador, ni del plagio del primero cometido por el Petrarca; plagio que sólo existió en la fantasía de cándidos y nada escrupulosos historiadores.

<sup>1</sup> Por ordenación de D. Jaime compiló otro libro de sentencias morales el judío barcelonés Jehuda ó Jafuda de Bonsenyor; sentencias que ha dado á conocer el insigne filólogo D. José Balarí en la *Revista Catalana* (1889).

<sup>2</sup> La única edición del texto original que se hizo hasta nuestros días es la de 1557 (Valencia, por la Viuda de Joan Mey Flandro). En 1848 publicaron una versión castellana D. Antonio de Bofarull y D. Mariano Flotats. Hoy, gracias á la diligen-

considere aisladamente, ya como cabeza y punto de arranque en la serie continuada por otros historiadores catalanes, tiene importancia suma para la crítica. El ejemplo del gran Rey debió de incitar al caballero Bernart Desclot á describir los hechos de D. Pedro III el Grande, reseñando antes los de sus predecesores en el condado de Barcelona. Y después de Desclot, á principios del siglo XIV, viene el amable Muntaner, el Jénofonte de la expedición de catalanes y aragoneses al Oriente, tema principal de su crónica, que, por otra parte, abraza desde el reinado de Jaime I hasta el de Alfonso IV, con cuya coronación finaliza. Hay algo singular en este libro que no se encuentra en Joinville, Villani, Froissart ni Ayala; algo que por la mezcla del desenfado militar, de la hombría de bien, de la franqueza amistosa y el fondo épico y primitivo, nos produce un deleite espiritual inconfundible, tanto más digno de estima cuanto menos frecuente.

Al par que medraban las manifestaciones del género didáctico, iba decreciendo la tradición poética provenzal, de la que se aparta radicalmente en el espíritu, aunque conserve algunos resabios en el lenguaje, el curioso *Sermó per lo pasatge de Serdenya e Corcega*, enderezado por Ramón Muntaner al Rey D. Jaime II y al Infante D. Alfonso (1323), dándoles consejos sobre el modo de preparar la expedición á las mencionadas islas. Igual carácter suasorio y práctico debieron de tener las tres distintas composiciones en verso, dos cantadas y una recitada en la coronación de Alfonso IV (1327), originales todas de su hermano el Infante D. Pedro, de las que también da cuenta Muntaner en su Crónica. Pero aun resalta más la ausencia absoluta

---

cia del sabio bibliotecario de la Universidad de Barcelona D. Mariano Aguiló, poseemos una esmeradísima reproducción tipográfica del Códice procedente del Monasterio de Ripoll y escrito en 1343, en la cual se notan además todas las variantes de la impresión hecha en 1557.

de la frivolidad y el sensualismo trovadorescos, sustituidos por la austera moral y el fervoroso amor de las cosas divinas, en *Lo Planct*, *Horas de Nostra Dona Sancta Maria*, *Els cent noms de Deu*, *Lo Desconort*, *Lo dictat de Ramón*, y otras obras rimadas que en los últimos años del siglo XIII y primeros del XIV había compuesto el glorioso mallorquín Ramón Lull (ó Raimundo Lulio, 1235-1315); alma heroica, cuya sagacidad intelectual en nada perjudicó al desbordamiento afectivo que distingue los actos de su vida y las páginas de sus escritos innumerables. Al difundir la Teología mística y ascética, y cantar aspiraciones, sacrificios y desalientos inspirados por el ardoroso celo de la fe religiosa y la propaganda del bien y de la verdad, Ramón Lull enterró la musa procaz y licenciosa de Guillermo de Poitiers y sus continuadores.

Al mismo tiempo levantaba la prosa catalana (que ensayó Arnaldo de Vilanova en algunos de sus tempestuosos opúsculos) á las cumbres de la ciencia divina, y en el *Libre de contemplació*, y en dos novelas que no se desdeñó de imitar el Infante D. Juan Manuel, singularmente en el *Blanquerna*, para cuya perenne fama bastarían las sublimes *Dialogacions* y *cántichs de amor entre l'Amich y l'Amat*, y en el enciclopédico *Felix de las maravelles del mon*, escrito en París el año 1309, después de aprobado su *Arte general* por cuarenta doctores, realizó uno de los grandes ideales á que estuvo consagrada su existencia: la vulgarización del dogma y la moral cristianos, constituyéndose también, sin pretenderlo, en jefe de una fecundísima renovación literaria.

Como poeta, casi no tuvo imitadores el ermitaño de Randa y Miramar, pues la mayor parte de los que trovaron en *bell catalanesch*, durante los siglos XIV y XV, hubieron de obedecer al influjo de la escuela tolosana constituida pública y ostentosamente en la ciudad que le dió nombre desde la celebración de los primeros juegos florales (1324), para la cual se dirigió una con-

vocatoria á todos los países en que se hablaba alguna variedad de la lengua de *oc*. Después fué encargado Guillermo Molinier de redactar *Las leys d' Amor*, texto de Poética al que seguían en breve otros, por Juan de Castellnou, Berenguer de Noya, Jaime March y Luis de Aversó. Estos dos últimos fundan en Barcelona un consistorio de *gay saber* (1393), previamente autorizados por un diploma de D. Juan I, de quien se dice, con la única y dudosa autoridad de D. Enrique de Villena <sup>1</sup>, que envió una embajada solemne al Rey de Francia en busca de dos mantenedores de la Academia Tolosana que diesen principio y valor á la de la Ciudad Condal. Los juegos florales, que continuaron celebrándose en ella con extraordinaria pompa, y los promovidos á su imitación en Valencia, vienen á fomentar el movimiento poético de las provincias catalanas desde fines del siglo XIV hasta su desaparición en el XVI <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Sabemos que el ilustre prócer castellano se equivocó al suponer que Ramón Vidal de Besalú (trovador muerto en la primera mitad del siglo XIII) fue uno de los fundadores de la Academia de Tolosa; y no es imposible que carezca también de fundamento la afirmación relativa á la Embajada de D. Juan I, pues no se habla de ella en el diploma del Rey, ni en otros posteriores y sobre análogo asunto, de D. Martín el Humano y D. Fernando de Antequera. Así lo sospechó ya D. Joaquín Rubió y Ors, razonando sus dudas en un artículo publicado en la revista *El Arte*. (Mayo de 1859.)

<sup>2</sup> Las fuentes más directas y copiosas para estudiar á los poetas de la España oriental en este período, son los tres Cancioneros, de París, Zaragoza y Carpentras. Del de París comunicó numerosas muestras M. Tastu al Obispo Torres Amat, quien las insertó en su Diccionario: el de Zaragoza ha sido analizado por Balaguer (*Historia de Cataluña*, lib. VIII, cap. XXXV); por el de Carpentras han llegado á nuestras noticias, entre otras curiosidades, las coplas sobre la guerra civil de Mallorca en el siglo XIV atribuidas á Fr. Anselmo de Turmeda, autor de otras pedagógicas, divulgadísimas en las escuelas de Cataluña, y de la también célebre *Disputa del Ase*.—Hay que consultar asimismo la *Resenya històrica y crítica dels antics poetes catalans*, por Milá y Fontanals, premiada en los juegos florales de Barcelona (1865), y reimpresa en el tomo III de sus *Obras completas*; y el *Estudio histórico-crítico sobre los poetas valencianos de los siglos XIII, XIV y XV*, por D. Rafael Ferrer y Bigné (Valencia, 1873), obra que contiene muy curiosos datos, pero que no siempre debe seguirse.

Comenzando por las composiciones rimadas de Don Pedro IV, el del *Punyalet* (1336-1387) y las de sus contemporáneos Lorenzo Mallol, el citado Jaume March y el Vizconde de Rocaberti, no deja de ser curioso ver junto á la *questió* sostenida entre los dos últimos acerca del invierno y el verano, y resuelta por el Monarca en contra del invierno, ver junto á una imitación ostensible de las costumbres trovadorescas, según observó justamente Milá, dos poesías de Mallol, inspirada la una por la devoción á María Santísima, y la otra en la lectura del Petrarca. Y si se desearan más pruebas de que en Cataluña se conoció pronto y bien el primer renacimiento italiano, ahí está la *Comedia de la Gloria d' Amor*, de Rocaberti, calcada sobre el Dante, cuyo gran poema tradujo Andrés Febrer en 1428. Sumando con tales influencias la ejercida por la literatura clásica latina, la francesa del Norte <sup>1</sup> y la castellana, se tendrá idea de los múltiples elementos utilizados por esa pléyade innumerable de líricos, en que figuran un Ausias March, un Jordi de San Jordi, un Jaume Roig y un Joan Roig de Corella.

Ausias March († en 1459) descuella entre todos con imponderable ventaja, y simboliza un género de arte tan suyo, tan entrañablemente subjetivo y á la vez tan profundo y filosófico, que á duras penas cabe compararlo con el de ningún otro autor. Se ha hablado mucho del Petrarca, suponiendo en él grandes analogías con el amante de Teresa Bou; pero, aparte la coincidencia de haber nacido la pasión de ambos en el solemne y triste día en que se conmemora la muerte del Salvador del mundo; aparte los versos más ó menos parecidos que la erudición moderna ha entresacado de sus obras respectivas, ¿qué tienen que ver la

<sup>1</sup> En el cancionero de París se lee, v. gr., una composición de Alain Chartier (*Belledame Sans Merci*) traducida por Francisco Oliver.